

Anartia y la tradición naturalista

Cuando en 1988 aparece el primer número de la revista *Anartia*, la Facultad Experimental de Ciencias tenía detrás ya una interesante ejecutoria académica. Diría que su primer egresado significó una larga espera, tratándose de una novedosa carrera esto era comprensible, todo hubo que fundarlo y constituirlo, desde el plantel de profesores *ad hoc* hasta los laboratorios. De los cuatro primeros egresados, tres lo fueron de la licenciatura de biología, esto ya daba el rumbo de la intensa actividad que en esa área tendría la joven Facultad, pronto aquello llegó a ser una rutina y un flujo normal en la actividad docente de actos de grado y presentación de trabajos de graduación.

En tiempos de especializaciones y sectorización del conocimiento, la revista nace con vocación ecuménica, desde la biología, la zoología se convierte en un área predilecta, ecología y diversidad biológica son como el gran escenario donde otras subdisciplinas encuentran su espacio natural. Sus fundadores son gente de laboratorio y salones de clases, pero están dominados por el gusto de la experiencia de campo, y no podía ser de otra manera en una región donde casi todo está por hacerse en materia de clasificación y valoración de especies, estudio del entorno. Aunque ese primer número está dedicado enteramente a la descripción de dos especies de peces de agua dulce del género *Brycon*, pronto los intereses académicos e intelectuales se ven desbordados: herpetología, lepidopterología, teriología, ornitología, suministran el real tono de la distintiva investigación de aquellos años, la diversidad. José Moscó, el autor de la monografía de este primer número —y primer editor de la revista— constituyó en esos años un eficiente equipo, siempre nutrido de tesis, gente animosa que dio un signo distintivo a la investigación de campo en toda la Universidad del Zulia. A los objetos convencionales de la biología se suman trabajos propios de una visión más amplia del conocimien-

to de lo natural, de los equilibrios microscópicos de la ecología, se añaden puntuales informes de historia natural y paleontología.

Estudios de especies apenas nombradas, y otras desconocidas, enriquecen el haber de la región como gran nicho ecológico y amplían el conocimiento de la geografía zuliana desde los días de Pittier y Jahn. Diría que el Departamento llegó a mantener una línea especializada en la zona del Guasare y Perijá, hoy convertida en inminente área de desastre, en la biblioteca reposan aquellos estudios, en su mayoría tesis de grado, como recordatorio de cuanto fue arrasado por el desarrollo de la explotación carbonífera, por ejemplo. El basilisco perseguido por Harold Molero y el batido Caño Carichuano, de Orlando Ferrer, resultaban emblemas de cuanto era preciso conocer y resguardar. Como un episodio admonitorio debe verse ese de la orca (*Orcinus orca*) varada frente a la isla de San Carlos, a comienzos de 1979. El animal fue transportado hasta la Universidad del Zulia por un grupo de estudiantes del Departamento de Biología. Muchos de los que se graduaron en los siguientes años aparecen afanados y entusiastas en la diligencia de eviscerar, clasificar y limpiar los huesos del cetáceo. Aquello debió ser una tarea titánica si se piensa en los mínimos recursos de que disponían, al parecer tampoco hubo mayor apoyo de las autoridades, juzgaban aquello solo como un pasatiempo de muchachos aventureros. Desde los días del pingüino, en 1955, no se veía en Maracaibo una novedad de esa naturaleza.

En un número de 1993, y en lo que sería una segunda época, apareció el informe de aquel suceso, toda la documentación, datos volumétricos, caracterización, métodos de trabajo, aparecen consignados en unas breves páginas debidamente ilustradas con seis imágenes. Si del pingüino solo queda la autopsia firmada por el doctor Adolfo Pons, de la orca, y más de veinte años después, tenemos todo un capítulo forense de historia natural. El avistamiento de ballenas jorobadas en el Caribe venezolano por el pintor López Méndez y Hemingway (1938) es como la protohistoria de este cetáceo que avanza como tragado por el lago. En esa misma tradición seguirán otros informes como los firmados por el profesor Tito Barros y sus colaboradores, sobre otras especies mal conocidas, manatíes y osos hormigueros. Si bien son capítulos fúnebres, en el futuro ese conocimiento debería servir para su conservación, o para cuando haya otras consideraciones de los ciudadanos y las instituciones sobre la herencia bioló-

gica. Pero el alcance de una generación de biólogos, apasionados por su objeto, llega a conocer en estos días logros en la preservación de especies. El programa de rescate, incubación de huevos, y liberación del caimán de la costa (*Crocodylus acutus*) en los ríos de Perijá, dirigido por el profesor Barros, es la consecuencia natural del quehacer académico del Departamento de Biología; asimismo, el estudio y seguimiento al oso hormiguero (*Myrmecophaga tridactyla*) en la carretera Zulía-Falcón, esperemos que concluya cortando las amenazas de su extinción.

En su espaciada pero constante actividad la revista ha difundido trabajos pioneros y es ventana para investigadores de otras instituciones del país, sus páginas albergan la monografía de la polémica antropológica del mono de François de Loys, larga obsesión de uno de sus editores, Ángel Viloria, posiciones críticas sobre la explotación del carbón en la región y su impacto devastador en el hábitat de las especies; un trabajo pionero sobre la presencia de un gran reptil marino fósil, *Platypterygius huene* (John Moody), en la Formación Apón de la Serranía de Perijá; un catálogo con nuevos registros de aves para el estado Trujillo (Rosanna Calchi y Nayibe Pérez); una serpiente nueva para la ciencia, *Atractus turikensis* (Tito Barros) y también un trabajo en un área novedosa y que ha ido consolidando su prestigio como la panbiogeografía (“Panbiogeografía 1981-2001: desarrollo de una síntesis tierra/vida”), del profesor John R. Grehan, de la Universidad de Pennsylvania. Puede decirse que un calificado catálogo enriquece el índice de la revista, reportes, informes, comunicaciones, monografías, tienen el alcance de lo sustentado y contrastado, una visión ideológica de la disciplina no es disposición menor, se le da cabida a todo cuanto pruebe un sistema de relaciones y enaltezca unas maneras, sin dogmas ni vanas pretensiones de purismo, sus editores (apenas tres en más de 25 años) han sabido vincular la seriedad académica y el buen gusto.

Lejanos antecedentes de *Anartia*, y entre la actividad académica y la divulgación, se me ocurren la gestión de dos solitarios: Agustín Pérez Piñango y Adolfo Pons. El segundo pertenece al selecto grupo de médicos venezolanos obsesados por el medio natural y entregados a su estudio y preservación, pionero del sanitarismo en Venezuela, se dedica al estudio de las enfermedades tropicales. Desde la Facultad de Medicina de LUZ, y casi por su propia cuenta, establece la Esta-

ción Biológica de Kasmera, en el piedemonte de la Sierra de Perijá, estaba concebida para realizar investigaciones en torno a las comunidades indígenas, su relación con el medio ambiente y el potencial de la diversidad biológica. De corta vida, la escasa o nula comprensión de nuestros médicos de asociar hombre y naturaleza, la llevó a una prematura decadencia por falta de investigadores entusiastas y exceso de médicos sedentarios.

Mismo destino tuvo la otra estación, de menor ambición, establecida en Zipayare, zona de la carretera Zulía-Lara, adecuada para el estudio de una incidencia endémica en la zona, la leishmaniasis, o gusano de monte. En su convencimiento de que es preciso conocer el medio natural, el doctor Pons insiste y logra instalar una especie de atalaya de observación en un islote dentro de la llamada laguna de las Peonías, desde allí se interesa por una pequeña serpiente acuática de poca toxicidad, conocida como "guata", que da nombre al caño. Hace poco el profesor Tito Barros localizo el lugar de esta antigua estación e hizo una fotografía de los cimientos. La colección de serpientes y pájaros de Pons llegó a ser una de las más completas. Recientemente, en una conversación con su hijo Lionel, nos refirió la pasión de su padre por la ornitología y como se echaba al monte cualquier fin de semana para hacer observaciones y recolecciones en zonas remotas. Ambas colecciones zoológicas o están amenazadas o han ido desapareciendo en la inclemencia del desdén y la ausencia de resguardo por parte de quienes las recibieron como donación.

Hasta hoy nos llega la revista *Kasmera*, órgano de las actividades de investigación de la Estación que se reflejaban en las tareas de la Facultad de Medicina, su primer número circuló a mediados de 1962. Una monografía completa fue dedicada a los indígenas Barí en esos primeros números, otro distintivo trabajo es el de los zoólogos canadienses Raymond McNeil y Paul Pirlot, sobre mamíferos y aves de Perijá. Vista desde este antecedente *Anartia* resulta como una hija más entregada a unas ciencias naturales donde resuena la novedad de un evolucionismo no darwiniano, en ella las disciplinas se fecundan entre sí y confirma que la medicina es antropología, digamos, tal y como se afirma en *Kasmera*. El conjunto de estos esfuerzos dan la nota del horizonte de los estudios de historia natural en la región, siempre que ha habido ocasión los grupos pensantes y los héroes civiles han estado a la altura y en la hora de su responsabilidad.

La creación del Instituto de Ciencia Naturales de Maracaibo es quizás el momento más remoto de esta clase de desarrollo en el estado Zulia. Obra de un auténtico solitario, Pérez Piñango (1913-1989) quien hasta el presente sigue siendo un personaje misterioso y su permanencia en la ciudad aunque relevante, tiende a desvanecerse, incluso desde una gestión como la suya, la de un ilustrado. Olvidado por los memoradores y su crónica, para las recientes generaciones puede resultar un desconocido. Amplio conocedor del mundo de los animales, autodidacta, músico y naturalista de instinto, fue el primer y único director del Instituto de Ciencias Naturales de Maracaibo. Este abre sus puertas en febrero de 1944 y estaba organizado en Museo de Ciencias Naturales, Jardín Zoológico, División de Taxidermia, División de Herborización y Cátedra de Ciencias Naturales, reuniendo así, la escuela de taxidermia, el Jardín Zoológico de Maracaibo y la cátedra de zoología, creaciones de un año antes. Realizó una inmensa campaña de tipo ambiental, de investigación y organización de colecciones de animales vivos y embalsamados (aves, mamíferos, insectos, arácnidos y miriápodos). El *Diccionario General del Zulia* nos recuerda que el profesor Pérez Piñango “también dio vida al Parque de la Tradición, el cual ya existía desde 1936 y que fue la expresión genuina de nuestro folklore, con gran proyección nacional. Como antecedente es necesario citar el Museo de Ciencias Naturales fundado por Agustín Pérez Piñango en 1935, en una casa al final de la avenida Bella Vista, donde expuso sus colecciones de animales reunidas durante años”.

La sede de aquel Instituto fue reclamada por los gremios obreros y allí se construyó más tarde la sede de Fetrazulia, las colecciones de taxidermia y algunos animales fueron dados en custodia al personal del recién creado Parque Zoológico del Sur, todo desapareció y de los ejemplares de taxidermia no se tuvo más noticia. La variedad de especies del inicial zoológico de los Haticos era notable (entre otros un ejemplar de oso frontino), y los conocimientos de taxidermia de su director garantizaron que ningún ejemplar se perdiera para la documentación y exhibición. La labor docente y de difusión de ese instituto es un aporte a la vida urbana hecho por un hombre que no pedía se le diera recursos ni se envanecía de su generosidad. De alguna manera cuanto hizo el profesor Ramón Acosta desde el Laboratorio de Taxidermia, adscrito a la Facultad de Humanidades, debe ver-

se como la continuación de aquella actividad de claro profesionalismo. La desaparición de aquellas instituciones debe ser tenida como un crimen ejecutado a la vista impasible de las fuerzas vivas de una comunidad indolente, el reclamo se hizo oír pero la opinión pública no estaba en condiciones de encauzarlo (Sandner Montilla, Fernando. «La muerte del Museo de Ciencias de Maracaibo». *El Nacional*. Caracas: 25-2-1980. S.a. «Corre riesgo de desaparecer el Instituto de Ciencias Naturales». *El Nacional*. Caracas: 1-12-1965. S.a. «El pasado 24 de julio el Instituto de Ciencias Naturales cumplió 28 años de su fundación». *Panorama*. Maracaibo: 28-7-1972. S.a. «Robaron animales disecados». *Crítica*. Maracaibo: 14-11-1972. S.a. «Robaron varias piezas de taxidermia del Instituto de Ciencias Naturales». *Panorama*. Maracaibo: 14-11-1972.)

Hoy la revista resiste acorralada y prevalece debido al tesón de quienes la amparan desde la institución centenaria, pero sobre todo desde sus afectos por el legado de nuestro naturalismo. El profesor Tito Barros junto a Gilson Rivas, investigador formado en el Museo de Historia Natural de la Fundación La Salle, ejecutan todo el trabajo de recepción de manuscritos, investigación, correspondencia, búsqueda de fondos, administración y edición como una sola tarea, única manera de garantizar el resultado final y también de combatir la dispersión y la burocracia. En el hoy vetusto edificio ejecutado por Chataing para el aeropuerto de Grano de Oro, y ubicada al fondo de un penumbroso pasillo, funciona la revista, en un espacio mínimo cuyas ventanas dan como a un solaz: la floresta bien dispuesta de la antigua pista. De cuando en cuando vemos iguanas arañar los vidrios o algún zankuilargo se queda pegado a las secas enredaderas mirando hacia adentro, quizás presintiendo que lo que allí ocurre no le es indiferente. Pero a la entrada de la instalación hay sin duda una alegoría, recordatorio o conciliación, un mural de inspiración tropical ocupa toda la cúpula del hall, degradado por la indolencia más que por el tráfigo de las palomas, la pieza de Rafael Rosales es como la obertura de la revista *Anartia*: paújies copete de piedra, vistosas guacamayas, lianas y ceibas gigantes, anuncian que un mundo puertas adentro sigue vivo en la emoción de ciencia y sensibilidad.

Miguel Ángel Campos